

de dos tipos: *homogéneos*, cuando se componen de oraciones con un mismo tipo de estructura, y *heterogéneos* aquellos en los que intervienen oraciones de estructura diferente y que pueden ser *alternadas* o *no alternadas*.

Es esta obra sin lugar a dudas de gran importancia para el descifre, ya que uno de los principales pasos a dar en este campo, es el poder establecer una gramática de la escritura, material indispensable para hacer un estudio comparativo con las estructuras de las lenguas en las que se piensa están escritos los códices. Este último, es un estudio que ha empezado la señora María Cristina Álvarez, relacionando textos del *Chilam Balam de Chumayel* con algunos textos glíficos, y que por ahora ha suministrado datos interesantes, aunque quizá por ser reducidos en relación a los códices, son discutibles hasta no tener una comprobación de los resultados obtenidos hasta ahora. Sin embargo el camino está iniciado y los avances en este campo se esperan de gran importancia. Mas no son sólo trabajos como el presente —demasiado especializados pero no por ello menos importantes— y el estudio propiamente dicho de la lingüística maya lo que nos dará la clave de la interpretación de los glifos, sino éstos y un estudio profundo principalmente de la religión y del papel de la escritura dentro de un contexto social y económico en la sociedad maya, lo que permitirá en un futuro, conocer a los antiguos mayas a través de ellos mismos.

MARÍA ANTONIETA FERREIRA G.
Centro de Estudios Mayas
UNAM

MORLEY, SYLVANUS G. *La Civilización Maya*. Edición revisada por George W. Brainerd y notas de Betty Bell. Traducción al español de la tercera edición en inglés, de Cecilia Tercero. Fondo de Cultura Económica, México, 1972. 527 páginas. Apéndice, Bibliografía, índice analítico, cuadros, figuras, láminas.

Hace mucho tiempo que el Fondo de Cultura Económica hubiera debido publicar la obra de Morley revisada por Brainerd, en vez de seguir reimprimiendo la edición original. A raíz de la primera edición en inglés de *The Ancient Maya*, hice ver en una reseña ("Acta Americana", vol. VI, números 1-2, 1948) lo que, a mi juicio, tenía la obra de positivo y lo que, ya entonces a la luz de la arqueología,

era inaceptable. La publicación de la edición revisada por Brainerd (1956) modificaba sensiblemente y aún suprimía totalmente algunos de los conceptos básicos de Morley, es decir ponía al día su obra. Dieciséis años han transcurrido durante los cuales dos ediciones más hizo el FCE (1961, 1965) de la obra, en muchos aspectos obsoleta, antes de decidirse a editar la versión revisada. A su vez, actualmente, ésta no puede considerarse tampoco al día, ya que nuevas investigaciones han alterado aspectos importantes en los últimos tres lustros.

La versión de *The Ancient Maya*, publicada en español con el nombre de *La Civilización Maya*, revisada por Brainerd, eliminó entre otras cosas la división a la vez geográfica y temporal que Morley había establecido y que sostuvo hasta su muerte, entre los supuestos Viejo y Nuevo Imperios. Aclaró que no podía aceptarse que el llamado Renacimiento Maya, caracterizado principalmente por la arquitectura de la región del Puuc en el norte de Yucatán, se debiera a una migración desde las ciudades del Petén, previo abandono de los centros de esta región.

La división cronológica que presenta de la historia de los mayas, es más o menos la que todavía se acepta. En oposición a Morley, para quien la civilización maya hubiera nacido y se hubiera desarrollado sin influencias de ninguna cultura, Brainerd como lo aceptan todos los investigadores en este campo, concluye que "los Mayas de la región central no fueron sino uno de los diversos grupos regionales en la América Central, que alcanzaron un alto grado de desarrollo a principios de la Época Clásica".

La mención de monumentos con inscripciones jeroglíficas y registro de fechas en Oaxaca, anteriores en varios siglos a las primeras inscripciones mayas, sitúa el problema del origen de la escritura y del calendario en un contexto mesoamericano, con antecedentes en otras culturas, y desvirtúa la ingenua afirmación de Morley en el sentido de que el calendario maya hubiera sido la creación de la mente genial de un sacerdote del Petén.

En resumen, es evidente que la revisión de Brainerd fue muy positiva y que, al ser publicada hace 16 años, suministró a los estudiosos de la cultura maya un manual de gran utilidad, completando el cuadro de Morley, del que poco puede criticarse, con una síntesis histórica mucho más cerca que la interpretación morleyana de lo que debió ser la historia real de los mayas. Sin embargo, ciertas ideas de Morley, indudablemente erróneas, persisten en la versión de Brainerd, no sabemos si como influencias de las que no podía sus-

traerse, o por discreción al no querer anular completamente las aportaciones personales de Morley al conocimiento de la civilización maya.

Es así como sigue excluyendo del área de la civilización maya a las tierras altas de Guatemala, por las mismas razones dadas por Morley, a saber que en dicha región faltan las construcciones con bóvedas angulares, las inscripciones jeroglíficas y la cerámica policromada. Esta exclusión no tiene sentido, ya que se basa sobre la presencia de sólo tres elementos culturales —asociados al contexto de los centros ceremoniales y la minoría dirigente— y que descarta la ocupación del área por grupos mayances tales como quichés, cakchiqueles, mames, tzutuhiles. Equivale implícitamente a desechar como parte de la cultura maya documentos de importancia trascendental como son el *Popol Vuh*, los *Anales de los Cakchiqueles*, y el *Título de los Señores de Totonicapán*.

También es, en Brainerd, supervivencia morleyana, aunque matizada, la afirmación de que la cultura maya en el norte de Yucatán alcanzó su máximo desarrollo “poco después del comienzo de la decadencia cultural en el Petén”, y que el florecimiento del Puuc debe situarse entre 800 y 900 d.C. El mismo Brainerd en parte se contradice, en su Cuadro 3 situando el inicio del desarrollo cultural en Yucatán hacia 500 d.C., aunque con apogeo entre 800 y 900. Sabemos, incluso con apoyo del CI4, que Uxmal estaba floreciente en el siglo VII.

Repite Brainerd el cálculo optimista que hizo Morley para demostrar que el campesino yucateco no necesita actualmente dedicar más de 66 días de labores para cubrir todas sus necesidades de manutención si tiene algunos animales domésticos que alimentar, y sólo 48 días si carece de ellos. Este cálculo global no se compagina con las cifras que el mismo Morley propone para cada una de las labores de cultivo. En efecto, según él, el desmonte de la milpa (con machetes y hachas de metal) significa de 50 a 60 días, la siembra 14, las desyerbas (dos en promedio al año) implican —cada una— más tiempo que el desmonte, el doblegamiento de cañas un mes, y la cosecha unos 30 días. Aclara además que en tiempos prehispánicos, el desmonte con hachas de piedra necesitaba más tiempo que en la actualidad. Con estas mismas cifras y aclaraciones de Morley, las labores agrícolas antes de la conquista podrían estimarse de este modo: (véase página siguiente).

Estas cifras coinciden con los resultados de trabajos modernos que demuestran que un campesino maya, para cubrir las necesidades de

Desmonte	75	a	90	días
Quema	1		1	"
Desgrane y siembra	14		14	"
Desyerbas (2 en promedio = 75/90 días × 2)	150	a	180	"
Doblegamiento de cañas	30		30	"
Cosecha	30		30	"
TOTAL 300 a 345 "				

su familia, debe dedicar todo su tiempo a las labores agrícolas. El corolario de este problema es que los antiguos campesinos mayas de ninguna manera podían dedicar unos 300 días (293 a 317 días disponibles para el maya actual, según Morley) a la construcción de los edificios consagrados al culto, ceremonias y residencias de los señores, teniendo además que cubrir el consumo requerido por dichos señores. Las implicaciones que tiene este problema para la caracterización de la sociedad maya han sido recaladas por varios autores en los últimos años particularmente Sanders, Cowgill, Palerm, Wolf entre otros.

El capítulo final no lo pudo escribir Brainerd por su prematuro y muy sentido deceso, que privó a la ciencia dedicada a la cultura maya de uno de sus más acuciosos investigadores. En su lugar lo hizo una de sus colaboradoras, Betty Bell, quien procuró tratar los problemas "como los vio él". Aunque conservando el mismo título que le puso Morley "Examen crítico de la Civilización Maya", este capítulo tiene un contenido mucho más profundo y serio que el de Morley, con sus ingenuos 50 superlativos mayas y su conclusión de que los antiguos mayas pueden considerarse "sin temor de contradicción efectiva, como el pueblo indígena más brillante del planeta".

Betty Bell, reflejando conceptos de Brainerd, insiste en el contraste que presenta la civilización maya, con su tecnología rudimentaria, la ausencia de una verdadera concentración urbana, el aislamiento ambiental que la libró de influencias extrañas, y por otra parte, el desarrollo y complejidad de su religión, su arte refinado, sus conocimientos científicos en astronomía y matemáticas, su escritura jeroglífica y su calendario de impresionante exactitud. Rechazando la posibilidad de incluir a la civilización maya en los esquemas universales definidos por Childe, y aceptando más las ideas de evolución multifacética de Steward, considera que la civilización maya debe verse como la eficaz adaptación de una sociedad a un ambiente ecológico tan peculiar que puede juzgarse único en el mundo. Esta misma idea la desarrolló Brainerd, llegando a la conclusión de que los mayas constituyeron una excepción en el conjunto universal de las

antiguas civilizaciones. El medio ambiental hubiera determinado el tipo de cultivo, la dispersión como patrón de poblamiento, la imposibilidad de urbanización, lo primitivo y estático de su nivel tecnológico. Sin embargo, por su genial poder de adaptación a un medio tan negativo, los mayas hubieran logrado un equilibrio socioeconómico que les permitió resolver las necesidades colectivas y dedicarse a impresionantes logros espirituales. El pueblo trabajaba gustosamente en la construcción de centenares de centros ceremoniales; los sacerdotes, monopolizaban los conocimientos científicos, pero sin fines utilitarios, sin obtener de este monopolio beneficios económicos, desarrollando los conocimientos y aplicándolos como parte de su obsesión por señalar el paso del tiempo, algo *difícil de explicar*, con lo cual se integraba una alta cultura única dentro de la muy particular categoría ecológica. La decadencia repentina de la civilización maya debería buscarse en el cansancio de la población por soportar cargas demasiado onerosas impuestas por la clase sacerdotal (suposición que contradice la armoniosa estabilidad social expuesta antes), y en el nacimiento de una nueva filosofía, con nuevos valores y metas para cuya consecución ya no se consideraría necesaria la intervención sacerdotal. El debilitamiento repentino (?) de la fe religiosa, que confirmarían en el norte de Yucatán, poco después, la facilidad de la conquista tolteca y la rápida aceptación de nuevas creencias religiosas, sería la causa fundamental de la decadencia maya.

Es cierto que todavía actualmente muchos aspectos de la dinámica de la civilización maya no han sido plenamente dilucidados. El contraste entre su nivel tecnológico y sus logros intelectuales sigue impresionándonos como fenómeno cultural anómalo. Sin embargo en algunos caminos se ha avanzado desde que Brainerd revisó a Morley. La imagen de una sociedad idealmente equilibrada en torno a la religión ha sufrido deterioros. La supuesta obsesión, elevada a nivel de filosofía, por el registro del paso del tiempo, ha perdido mucho de su vigencia después de las investigaciones de Berlin, Proskouriakoff y Kelley relativas al contenido histórico de las inscripciones. La utilización desinteresada de los conocimientos científicos por parte de los sacerdotes, nos parece una interpretación ingenua, por benévola, del papel de la clase dirigente en la sociedad maya. Considerar el factor ecológico, convertido en determinismo geográfico, para explicar las realizaciones y las limitaciones de la cultura maya, omitiendo otros factores, socioeconómicos e históricos, simplifica en demasía un problema harto complejo.

Sin pretender encajar a fuerza la civilización maya dentro de es-

quemadas universales, tampoco podemos admitir ni que el medio ambiental en que se desarrolló sea único en el mundo, ni que dicha civilización sea tan singular que tenga que juzgarse como una excepción. Los estudios recientes de sociólogos y antropólogos como Godelier, Chesneaux, Bartra, basados sobre textos poco conocidos de Marx, han mostrado la posibilidad de incluir a la sociedad maya y las demás mesoamericanas, junto con otras de América, África y Asia, dentro de las estructuras socioeconómicas y culturales basadas sobre el llamado modo de producción asiático (por haberse reconocido primero en Asia), en que, con una economía aún rudimentaria, una tecnología poco avanzada, una población distribuida en aldeas en que la tierra se posee y trabaja en forma comunitaria, es decir un bajo nivel de las fuerzas productivas, coexiste un Estado despótico, todavía primitivo, pero con gobernantes todopoderosos, una jerarquía encargada de asegurar el control social y la superexplotación de la población, bajo el disfraz de las necesidades religiosas y en beneficio de la minoría dirigente. Betty Bell, probablemente expresando un pensamiento de Brainerd al concluir su intento de comparar a la civilización maya con las demás altas culturas universales, vislumbra que "futuras investigaciones arqueológicas en las regiones de la selva del sureste de Asia podrían suministrar material para esa comparación".

Nadie pretende ignorar lo peculiar de la civilización maya, pero aislarla en forma absoluta del resto de las civilizaciones antiguas sería caer en una individualización injustificada. Su singularidad constituye un valioso aporte a la universalidad de la cultura maya.

Aunque demasiado tardía y en algunos aspectos superada, la obra de Morley, rectificada más que revisada por Brainerd será acogida con satisfacción por los estudiosos de la cultura maya.

ALBERTO RUZ LHUILLIER
Centro de Estudios Mayas
UNAM

Etnología y Antropología Social

WOLF, ERIC R. *Los Campesinos*. Editorial Labor, Nueva Colección Labor, Primera edición en español, Traducción de Juan Eduardo Cirlot Laporta, Barcelona, 1971. Prefacio, 116 pp., 1 mapa, 3 grabados, 14 fotografías.

Publicado originalmente en inglés bajo el título de *Peasants* por la Foundation of Modern Anthropological Series (Marshall D. Sahlins,